

NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M., *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006, 477 págs.

Pocos reservorios de materiales para la acción colectiva han sido tan frecuentados en la España contemporánea como los que ha montado el nacionalismo o, para ser algo más exactos, los nacionalismos. El número y la variedad de los consumidores, y por tanto de los productores, de dichos materiales es, a lo largo del tiempo, entre las más diversas clases sociales y por todo el país, prodigiosa.

Ciertamente, no hay en la afirmación anterior un intento de resucitar, mediante el argumento de la fuerza de los plurales patriotismos, el viejo axioma –viejo, sí, pero ¿agotado?– de la singularidad o excepcionalidad de lo español. Ni siquiera se pretende posicionarse en relación al ya veterano debate acerca de la débil, o no tan débil, de la exitosa, o no tan exitosa, nacionalización de los españoles en tiempos de liberalismo y democracia. El análisis comparado, así como las aportaciones de otras historiografías y de científicos sociales de toda laya, han facilitado pruebas abundantes de la universalidad, como mínimo en las sociedades occidentales que recorren el camino de la modernidad, del enorme potencial del nacionalismo; así como de la pluralidad de experiencias de modernización política y de nacionalización. De hecho, las identidades locales, regionales y nacionales han sido, y continúan siendo en nuestro mundo globalizado, un factor clave como agente cohesivo en la construcción de respuestas a desafíos y temo-

res, así como en el mantenimiento de esperanzas y expectativas más o menos certeras, más o menos alocadas.

Es a partir de esa premisa que debe afrontarse, creo, la lectura del reciente trabajo de Xosé Manoel Núñez Seixas. Autor que ya ha explorado con talento y rigor el fenómeno nacionalista en distintas aportaciones, aquí y en Europa, en relación a los denominados nacionalismos de Estado y a los que emergen de las colectividades que presentan diversos grados de déficit de identificación con la nación común o de lealtad al Estado al que se hallan adscritas. Núñez Seixas se ocupa en esta ocasión de una coyuntura y un momento excepcionales para la activación de los resortes de reclutamiento, y alternativamente de inhibición, de voluntades: la Guerra Civil de 1936 a 1939. Insatisfecho con las respuestas fáciles a los asuntos apuntados en el párrafo anterior, el autor empieza con unas breves pero muy pertinentes acotaciones teóricas acerca del nacionalismo de guerra. En este contexto, se ve obligado a procurar una explicación eficaz para la especial intensidad y difusión con la que se recurre a la identidad nacional –incluso más, aunque parezca paradójico– en experiencias de conflicto interno y fratricida. Todo ello aboca, al autor, a constatar la transformación que ocurre en el interior de los nacionalismos. Para expresarlo con nervio: incluso en los patriotismos de filiación cívica y republicana –en el sentido más clásico del término– se registra en dichas coyunturas bélicas un desplazamiento a favor de los lazos cohesivos más potentes, muchísimo más consistentes, que en última instancia aportan la etnia y la lengua, el paisaje y los símbolos ancestrales, la

estirpe y el sustrato geológico y millenario de la historia. O, por mejor decir, el desplazamiento hacia lo racial de las plurales e interesadas lecturas políticas de lo nacional.

Más allá de la exhaustividad en el uso de las fuentes, el manejo brillante de la bibliografía y el recurso a un repertorio conceptual en diálogo permanente con las aportaciones teóricas de distintas ciencias sociales –por otro lado, rasgos habituales en la producción del autor–, una de las grandes virtudes de *¡Fuera el invasor!* radica en su perspectiva analítica. Tengo la impresión que, a partir de esta obra, será impensable, o en todo caso difícilmente justificable, el acercarse de manera aislada a cualquiera de las culturas políticas en liza durante el conflicto. Y, de manera paralela, resultará difícil de justificar cualquier mirada a los nacionalismos peninsulares que no tenga en cuenta, en una especie de diálogo permanente, a los que operan por las mismas fechas en otras partes del país, o en el conjunto del mismo. O, cuando menos y poniéndonos en lo peor, quedará en evidencia la parcialidad de la aproximación y las limitaciones de los resultados a alcanzar.

El contexto de guerra resulta utilísimo como laboratorio para el análisis de los más diversos, y contrapuestos, patriotismos en la medida que, como en un juego de espejos, la realidad imaginada deviene realidad plena. De hecho, deja de existir la posibilidad de otra. Es el pueblo movilizadado, en armas, el que se convierte en España misma, el que puede evocar el patrimonio de combates milenarios por la independencia del solar patrio. Los matices desaparecen, el miliciano, popular o falangista, republicano o

nacional, combate al moro o al fascista, al antagonista interno (la antipatria recalcitrante) y al recurrente enemigo exterior (del que el primero opera como quintacolumnista: siempre dispuesto a vender jirones del territorio, o del poderío, nacional). Es en el sacrificio, en este doble frente de batalla, que se forja el patriotismo; o que, en caso de ya existir, adquiere una consistencia nueva, diamantina.

Siempre hay excepciones. La más sugerente, en el ámbito republicano, no provendrá del campo libertario. Al fin y al cabo, qué hay de más español que aquel anarquismo que se reclama de las comunidades castellanas y del municipio libre, del espíritu rebelde e insumiso de los pueblos peninsulares desde los tiempos más remotos. La singular es la lectura irrenunciablemente clasista que procede a hacer el POUM de la naturaleza de la lucha entablada en verano de 1936. Siempre hay quien, incluso en las coyunturas menos favorables para ello, se sustrae a la fuerza avasalladora del nacionalismo. ¿Siempre? Bueno, en cualquier caso sí lo hubo en la España de esos años en nombre de un internacionalismo proletario de factura estrictamente leninista. Pero fueron eso, una excepción pronto liquidada. En los tiempos de los frentes populares, de la reconducción de la experiencia soviética en clave estalinista, de la radicalización de las izquierdas mesocráticas y burguesas, lo lógico era redescubrir el marco de conflicto que nunca había dejado de ser operativo, el nacional, y, por ello, encontrar en la guerra de la independencia, la de 1808, un eslabón previo, un antecedente inmediato: la respuesta a una agresión exterior que se sostiene, como siempre, sobre las

flaquezas y las traiciones internas. Los defensores del Madrid republicano son los nuevos Daoiz y Velarde, y los milicianos anónimos la reedición de majas y chisperos ignorados por el ocupante francés. Lo son tanto para comunistas ortodoxos como para republicanos que más tarde, en el exilio mexicano y pasada la fiebre frente populista, redescubrirán su raíces liberales y en ellas, otra vez, el combate por la independencia nacional.

La idea de España en el bando republicano es plural y compleja. Lo es en las herencias y lo es en sus proyectos de presente. La solidaridad hispánica se sustenta en un reencuentro generoso en el combate. En rigor, la experiencia es contradictoria y, como pondrá de relieve el nuevo patriotismo negrinista, la desconfianza se instala entre los republicanos españoles para con los nacionalistas vascos y para con los nacionalistas republicanos de Cataluña: éstos no dejan de exhibir su patriotismo republicano, pero ¿es también un patriotismo español, el suyo? En no pocas ocasiones, la respuesta es clara: no.

El desencuentro se reproducirá, en los años venideros, en el exterior. Pero ya antes, ha sido necesario, en un desesperado intento por reconducir la suerte de la guerra, pasar de la política de independencia a la de independencia y de unidad. Esta última pasa a ser una bandera tan preciosa como la primera. Hablando de banderas, y de símbolos, la guerra consigue lo que las instituciones y las administraciones no habían conseguido de manera plena: nacionalizar las enseñas, los rituales, los símbolos, los cantos... republicanos. Paradójicamente, la guerra ha hecho de lo republicano, por fin, lo

nacional; ha hecho realidad la soñada, y nunca alcanzada hasta entonces, España Republicana. Se logra, eso sí, a las puertas de la derrota.

Luchando por España, en la patria o en el exilio, se combate en 1936, como una par de décadas más tarde, por la civilización. También se combate por la civilización desde el Norte de África o desde Burgos y Salamanca. En este caso para impedir la invasión comunista. El racismo antisemita, denigrador del moro y del italiano fascista, deviene en esta otra parte de España en coloraciones ambarinas, asiáticas, rusas, mongólicas. ¿Cómo hacer uso de la prevención frente a la morisma cuando se está recurriendo a ella como fuerza de choque? Espléndidas las aclaraciones que en esta dirección introduce Núñez Seixas. Para dejarlo claro se procede a deshumanizar a los otros; a los compatriotas que han elegido el bando contrario y, sobretudo, al aliado o inspirador extranjero del mismo. Se recuperan, para ello, los recursos caricaturescos, de gran tradición popular, que representan al agresor con trazos simiescos y atributos de animalidad. Se dan, es cierto, algunas diferencias. Por ejemplo, frente a la preferencia por los combates en el interior, las resistencias a la agresión foránea, en el bando nacional (sin renunciar a ellos) se invoca el espíritu imperial, la proyección de España en el mundo. Es en ese nacionalismo de raíz imperial que resulta posible reasumir, sin excesivas complicaciones, la centralidad de lo católico –España es de Cristo– y el falangismo de cepas laicas. También resulta, como es notorio, muy diverso el enfoque en relación a cómo integrar la pluralidad en la unidad. Aunque no

es menos cierto que como vector de movilización lo regional tiene su papel, y muy destacado, en la agitación franquista; hasta el punto que Núñez Seixas apunta a una suerte de competencia regional para entrar con buen pie en la nueva España. El recurso a la complejidad de tradiciones y de culturas implicaría una nada desdeñable regionalización del nacionalismo, un anticipo de ese pseudofederalismo, espurio si quieren, de las tierras y los hombres de España.

Por lo demás, acabemos recordando que el historicismo es recurrente, omnipresente. En un bando y otro, en una identidad (la española) o en otra (la catalana, la vasca, la gallega), se da el recurso al pasado miliciano, de pelea: nos encontramos ante construcciones culturales de larga duración que permiten unir, hasta convertir en una misma cosa, el pasado y el porvenir; y hacerlo, además, a través de los combates del presente. Del seno de esos bastimentos será posible la forja de nuevas síntesis, algunas efímeras, otras destinadas a perdurar. Todas ellas afectadas de manera innegable por la guerra y sus consecuencias: todo nacionalismo, todo, necesita fallecidos, porque no puede vivir sin raíces.

En suma, una obra espléndida, en la que la prolijidad de los ejemplos, único óbice que al firmante se le ha ocurrido en algún momento de la lectura, acaba siendo –paradojas de los estudios sobre el nacionalismo– más virtud que defecto. Hay que andarse con sumo cuidado al sostener afirmaciones sobre temas, y pieles, tan sensibles.

Ángel Duarte
Universitat de Girona

ARCO BLANCO, Miguel Ángel del, *'Hambre de siglos'. Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía Oriental (1936-1951)*, Granada, Comares, 2007, 513 págs.

No hace demasiado, ofrecíamos una serie de datos sobre la producción de la historiografía del franquismo en las últimas tres décadas. Señalábamos los años noventa como la década en que se produce un salto cualitativo y cuantitativo de esa historiografía, transitando de una historia política, bastante ideologizada, a una historiografía más *preocupada por la relación entre la población y la dictadura*. El libro que hoy nos ocupa, *Hambre de siglos*, es un ejemplo claro de este cambio. Preocupado por la institucionalización y consolidación del franquismo en la postguerra (1936-1951), el análisis se enmarca, fundamentalmente, en cinco localidades de cuatro provincias de Andalucía Oriental: Berja (Almería), Montefrío y Santa Fe (Granada), Alcalá la Real (Jaén) y Marbella (Málaga). A partir del estudio de los poderes locales Miguel Ángel del Arco pretende averiguar qué grupos sociales conformaron la coalición reaccionaria que se sublevó en julio de 1936 y, sobre todo, qué les hizo seguir apoyando a un sistema que, durante una década, sumió a la población en el hambre y el terror. Las principales cuestiones que articularán el trabajo serán: a) ¿cuáles fueron los apoyos sociales del franquismo? b) ¿qué mecanismos se pusieron en marcha para la construcción del consenso?

La respuesta del autor a estos dos interrogantes está entremezclada. A juicio de Miguel Ángel del Arco, el franquismo puso en marcha un *con-*